

IN MEMORIAM

FRANCISCO FRANCO BAHAMONDE, CAUDILLO DE ESPAÑA

† 20 de noviembre de 1975

Al filo de una madrugada otoñal, cuando las estrellas comenzaban a palidecer lentamente, inundadas por la claridad de la aurora, Francisco Franco, nuestro invicto Caudillo, perdía su primera y definitiva batalla. La mano despiadada de la muerte nos arrebatava al hombre que había construido una España nueva. Una España en orden y en sosiego y con un prometedor futuro ante sí. Durante cuatro décadas empuñó con singular maestría el timón de la nave del Estado español. Durante cuatro décadas jamás vaciló, jamás perdió el rumbo, jamás nos ofreció ni la más leve imagen de cansancio. No existe, por consiguiente, ni un sólo testigo que pueda dar fe de haber observado que el desánimo, en el curso de esas largas y nunca fáciles décadas del ejercicio del Poder, prendiese en el corazón del insigne estadista. Era distinto, único y excepcional en su quehacer político, en su perfil humano y en su ejemplaridad de ser elegido por la mano de la Providencia. Era, en verdad —y podemos subrayar la frase con el máximo grado de dogmatismo que la vanidad nos permite—, un auténtico lujo de España. Supo en todo momento lo que quería para su Patria y nunca desaprovechó ocasión alguna para dictar, como un sabio y venerable maestro, su lección de amor a España y a los españoles.

Cuando la emoción de los momentos presentes dejen de empañar, por el incontenible fluir de las lágrimas, nuestra pupila y, consecuentemente, observemos sin ambage alguno la auténtica realidad española nos daremos cuenta, efectivamente, de la grandiosidad de su obra y, sobre todo, de lo gigantesca que era su figura. Una figura que ganó honra y crédito bajo la dramática intemperie de los campos de batalla y que se mantuvo siempre enhiesta y en permanente guardia en las vigillas de la paz. Pocos hombres, en el curso de la Historia de España, pueden eclipsar su magnitud. Y, desde luego, a lo largo de todo lo que va de nuestro siglo, aun ampliando la perspectiva al ámbito internacional, no existe estadista alguno que haya estado en posesión

de virtudes tan acrisoladas como las que, evidentemente, han adornado a Francisco Franco en el amplio periplo de su paso por la tierra. Cierto es, y está escrito, que *la honra de una vida puede ganarse con un bello morir*, como quería el poeta florentino —también esta gracia la fue concedida a nuestro Caudillo—, pero la cifra de una vocación intelectual, política o castrense no se esclarece a la luz intermitente de la ordenación de sus escritos o en el repaso sentimental de sus itinerarios o en el recuento triunfal de las batallas ganadas. La característica del genio —ha dejado dicho uno de los hombres que más entrañablemente admiraron a Francisco Franco (nos estamos refiriendo al desaparecido profesor Adolfo Muñoz Alonso)— reside en la efectiva virtualidad póstuma de su pensamiento ejemplarizado. Todo lo que, invivible o invisible, hoy, se puede leer o actuar en su autor mañana, el autor lo dijo, aunque no lo hablará o escribiera con expresividad razonada. La explicación es obvia: en las palabras de un pensador genial, en la decisión de un político superviviente o en el quehacer de un conductor de pueblos, late y alienta, velada por la inefabilidad, la visión aguda y penetrante de lo que sólo superficialmente columbran sus contertulios o sus camaradas (1). Por eso, pensamos, se inicia ahora la más apasionante de todas las aventuras que los historiadores, limpios de corazón y provistos de noble pluma, pueden emprender: tratar de penetrar en la intimidad de la genialidad que avivó la firme, serena y humana figura del Generalísimo Francisco Franco.

Por lo pronto, permítasenos la exposición de esta tesis: nuestro insigne estadista, como hombre rigurosamente auténtico, cimentó la solidez de su personalidad en dos puntos claves: ser dueño y señor de un sistema filosófico-político esclarecedor de cualesquiera circunstancia y, por supuesto, reservar una amplia parcela de su insobornable personalidad, a modo de recinto sagrado, para sí mismo. El Generalísimo era poseedor, quíerese o no, de muy fuertes convicciones personales. Sabía, entre otras muchas cosas, que no es posible la institucionalización de un régimen político, social y económico perfecto, y que, en modo alguno, resulta factible la realización de todos los ideales que se fraguan en lo más profundo del corazón. Prefirió siempre, y a través del contexto de sus discursos tenemos claros e innegables testimonios de la rigurosidad de la filosofía política que profesaba, actuar con la más delicada prudencia. Nunca prometió lo que, en verdad, sabía que no podía entregar. Fue, a su manera, un filósofo práctico de la política —odiaba con todas sus fuerzas la teoría— que vivió siempre de realidades. Su mirada profundizaba, y no, es exageración, en la misma entraña de las cosas. Por eso, ha escrito uno de sus biógrafos más objetivos —Brian Crozier (2)—, “con su habilidad y paciencia contribuyó en gran medida a la victoria de los aliados. Un triunfo republicano en la guerra civil española —o un triunfo naciona-

(1) Muñoz Alonso (Adolfo): *Un pensador para un pueblo*, tercera edición, Ediciones Almena, Madrid, 1969, pág. 20.

(2) Crozier (Brian): *Franco: historia y biografía*, segunda edición, Novelas y Cuentos, S. A., Madrid, 1970, volumen II, pág. 312.

lista bajo una dirección menos hábil que la de Franco— habría sido desastroso para el Occidente. *Las democracias, por eso tienen una profunda deuda de gratitud —aunque sea paradójicamente— con el autoritario e inicialmente fascistoide régimen de Franco. Esto da la medida de su importancia en la historia contemporánea*".

El Generalísimo Franco, por otra parte, no ha sido, como la generalidad de sus biógrafos suelen reseñar con rarísima coincidencia, un hombre frío, calculador y amante del Poder —así, en efecto, con mayúscula—. *Muy significativa es al respecto la confianza que en él depositaron sus compañeros de armas cuando, a los cuarenta y cuatro años, lo designaron jefe único, para un año más tarde refrendar el acuerdo con el grado excepcional de Generalísimo* (3). Si ello estaba avalado por los primeros resultados victoriosos de una guerra todavía incierta, no es menos cierto que se había impuesto una personalidad poderosa. ¿Había en el precoz estadista ambiciones de poder? Dejemos la respuesta a Claude Martín, autor de una biografía sobre el Caudillo realmente sugestiva (4): "Es preciso recordar que, hasta la guerra civil, Franco se mantuvo apartado de la vida política, no queriendo ser más que un soldado. Las circunstancias le habían obligado a apartarse de aquella actitud, forzándole a convertirse en un político. ¿Puede el soldado que vela por la seguridad exterior de una fortaleza dejar que ésta se descomponga? El 18 de julio, incluso, Franco sólo pensaba en conducir a la victoria al Ejército de Marruecos bajo la dirección de su antiguo jefe, el general Sanjurjo. Y fue la muerte de éste y el vacío que su ausencia dejó en las filas nacionales los que condujeron a Franco a aceptar unos poderes que él no había deseado hasta entonces". Así comenzaba una ingente tarea...

Francisco Franco no fue, consécuentemente, un hombre frío, como con estudiada audacia han querido presentárnoslo sus más empecinados detractores. Muy por el contrario, y nos atrevemos a afirmarlo categóricamente, esa aparente frialdad —frialdad que no era otra cosa que una objetivada serenidad con la que siempre pudo superar las más críticas situaciones que se le plantearon a lo largo de su existencia— era, en todo caso, el fruto directo de saber que el hombre no tiene otro alimento espiritual a mano más importante y trascendente que su propia humanidad. Jamás se olvidó, porque lo aprendió desde las primeras horas de su inocedad, que la vida del hombre no es otra que un continuo diálogo con el dolor, con el mal y con la inquietud. Por eso, se esforzó siempre, y en la resignación cristiana con la que afrontó su última y decisiva batalla con la muerte tenemos el más elocuente de sus testimonios, en procurar mantener firmemente su equilibrio espiritual, en superar el dolor a través del amor y en alejar las amarguras del engaño con la solidez de la lealtad.

No fue, como se dice con apasionada frivolidad, un hombre her-

(3) Equipo Cinco: *Franco, diferente (Diez perfiles históricos)*, Sedmay Ediciones, S. A., Madrid, 1975, pág. 112.

(4) Martín (Claude): *Franco: soldado y estadista*, Fermín Uriarte, editor, Madrid, 1965, págs. 251 y sigs.

mético. Lo que ocurre, ya anteriormente hemos insinuado algún matiz, es que, como hombre excepcional, vivió casi en perpetua soledad. Lo explicaremos: Hay personas que, por mucha que sea la generosidad de su esfuerzo para presentarse en la vida, retienen en sí y para sí una zona sagrada, a la que es imposible acceder si no se descalza el visitante de sus sandalias, y si no se arma de simpatía, de comprensión y de lo que Gabriel Marcel ha definido como presencia recíproca. Consecuentemente, aunque pueda parecer paradójico, el hermetismo que se atribuye a nuestro Caudillo lo provocaba o lo suscitaba quienes hasta él llegaban sin esgrimir un mínimo de pudor ético. En efecto, para comprender en toda su hondura y alcance algunas vidas profundas derramadas inexorablemente en público testimonio, no basta reiterar con simpatía los pasos relumbrantes del protagonista, sino que hay que prestar atención a los antagonistas, por ser éstos quienes pueden revelar, a *sensu contrario*, los rasgos que se ocultan a la devoción. De aquí, lógicamente, que *un hombre póstumo es lo que sea en los otros, no precisamente lo que sea con los otros* (5). Esta incógnita, en relación con nuestro Caudillo Francisco Franco, tan sólo la puede despejar el paso del tiempo.

De todas formas, y no es menester realizar un especial hincapié en esta cuestión, tres constantes hay que reconocerle a Francisco Franco, a lo largo de toda su vida: *su religiosidad, su firmeza y su amor a España*, y en todas ellas confluye su semejanza humana, que tan certeramente puede ser negada, pero que tan inevitablemente se puede también escapar. Cuando, sin duda, en un futuro inmediato el texto de sus principales discursos sean analizados con rigurosa objetividad y ánimo sereno se advertirá la causa esencial de donde dimanaba su asombrosa fortaleza espiritual, su dominio en toda situación clave y, naturalmente, el profundo afecto que despertó en su pueblo, al que, en todo momento —y máxime en las horas más dramáticas y graves—, tuvo incondicionalmente a sus pies desde los postreros días de la Cruzada hasta el último adió a sus restos mortales, expuestos en el Palacio de Oriente, a la amorosa mirada de los españoles y en el multitudinario adió definitivo, embarazado de clamorosa emoción, con el que su pueblo le despidió en la austeridad monacal del Valle de los Caídos. Todo era natural, ciertamente, él había hecho a ese pueblo.

Si puede decirse que una obsesión ha marcado los designios del Generalísimo en el orden interno, ha sido la unidad (6). Unidad inseparablemente ligada a la idea del orden. En "España, una, grande y libre" ha predominado continuamente el primer concepto. "Unidad de los hombres y de las tierras" era una de sus expresiones favoritas. Oposición sistemática a todo cuanto significara separatismo.

Para llevar a cabo el ideal unitario le fue forzoso ir uniendo las fuerzas dispersas que se cohesionaron en torno a la España nacional. Fuerzas que la lucha reunía, pero que en tiempos de paz podían dis-

(5) Muñoz Alonso (Adolfo): Obra citada, pág. 21.

(6) Equipo Cinco: Obra citada, pág. 113.

tanciarse e incluso enfrentarse. Con habilidad excepcional hizo de la doctrina falangista el núcleo ideológico del nuevo Estado. Para evitar desviaciones dictó el *Decreto de Unificación* y no dudó en emplear la dureza —dureza no límite— con los disidentes. Concibió la alianza indisoluble de falangistas y requetés como anticipación de las que mucho más adelante se denominarían “terceras vías” entre el comunismo y el capitalismo.

Luego fue recreando, uno a uno, los viejos y tradicionales pilares de la sociedad española: familia, municipio..., a los que unió la nueva Organización de los Sindicatos, manteniendo —otra vez— la unidad por encima de todo, con el concepto de la verticalidad, empresarios y trabajadores en el mismo plano.

Se apoya, por supuesto, en la Iglesia, a la cual concederá prerrogativas y ayudas a cambio de la confesionalidad del Estado. La España que parte de 1939 hacia una larga etapa de paz enlaza con el tradicional Reino de los Reyes Católicos, pues a pesar de que, indudablemente, el Estado del 18 de Julio estará sometido a poderes amplios y muy personales, Franco tiene la suficiente clarividencia para conservar una puerta abierta a la Monarquía, institución a la que sirvió sin reservas hasta que entró en crisis.

Pasan los años, los lustros, y *mientras los contrarios al Régimen tratan de hallar una respuesta simplista a la permanencia de Franco, o bien anuncian sin desmayo próximos derrumbamientos, el Caudillo desmenuza y analiza las nuevas exigencias económicas y sociales, extrayendo de las clases dirigentes aquellas que mejor pueden servir al país en circunstancias determinadas.* Sus preferencias, según manda el país o exige la coyuntura mundial, irán de la Falange a la democracia cristiana más moderada, a los tecnócratas... Nunca una segunda figura en la jerarquía del poder podrá imponerse de forma duradera. Únicamente el almirante Carrero Blanco llegó a aparecer como delfín y depositario de los designios de Franco a largo plazo, pero su dramática muerte impidió conocer hasta dónde hubiese llegado su influencia, precisamente en el momento en que los tecnócratas conocían los primeros síntomas de franca decadencia.

Su palabra, para asombro de sus propios enemigos, siempre estuvo dotada de la misma firmeza. Puede decirse que el ejercicio del Poder apenas si lesionó algunas de sus fibras. Por eso, efectivamente (7), sus más fieles amigos, sus más incondicionales, dijeron siempre de él que no era humano. Se dijo en un sentido exaltador de sus cualidades sobrehumanas. Sus enemigos también dijeron que no era humano, pero negándole sus más elementales cualidades, haciendo hincapié, especialmente, en lo difícil que resulta mostrar de Franco un perfil compasivo, acaso flexible, o, simplemente, bondadoso. Renunciara o no a estas cualidades, *el hecho veraz es que Franco mostró escasamente sus “debilidades” humanas.*

Efectivamente, cuanto más grave parecía el entorno político, social

(7) Equipo Cinco: Obra citada, pág. 127.

y económico de España, más erguida, a los ojos de su pueblo —que es, en definitiva, quien a la larga emite o condiciona el juicio de la Historia—, parecía su figura. Justamente, desde la segunda mitad de 1974 a los dos tercios de 1975, graves problemas interiores y exteriores acucian a España y ponen a prueba a sus gobernantes. La palabra crisis —en todos los órdenes— destaca en grandes titulares en la primera plana de los periódicos. Terrorismo en acciones que recordaban tiempos aparentemente superados; graves dificultades para la negociación de acuerdos con un país titulado amigo, Estados Unidos; hostilidad abierta en la Europa occidental; alta tensión en los asuntos con Marruecos; manifestación multitudinaria en la madrileña Plaza de Oriente y en otros enclaves céntricos de las principales ciudades españolas...

Francisco Franco, disminuido físicamente, con huellas evidentes de un mal próximo, tuvo el impulso de dirigirse a aquellas masas adictas, en el mismo escenario de 1946, cuando el bloqueo internacional sumió a España en el desconcierto, sólo vencido por su orgullo herido. En el mediodía del 1 de octubre de 1975, ante la multitud que tendía los brazos en el saludo falangista, entonaba el "Cara al Sol" y enarbolaba pancartas desafiantes, Franco, con voz entrecortada, pareció revivir un discurso de veintinueve años antes y agitó sus manos unidas en ademán victorioso, gesto que muy raramente se le ha visto en otras ocasiones. Fue el último encuentro del león herido con sus incondicionales (8).

Siempre, subrayemos una vez más, estuvieron presentes en sus palabras esas tres constantes que en líneas anteriores destacábamos: su religiosidad, su firmeza y su amor a España. Sus palabras siempre fueron, efectivamente, una bellísima variación sinfónica en torno de los tres temas reseñados. He aquí, cogidas al azar, algunas de sus más significativas palabras: *"Todos los seres racionales tienen en su pensamiento dos huecos: el religioso y el político. La predisposición a creer en Dios y el juicio que les merece la sociedad en que se desenvuelven. Cuando estos huecos se llenan con la verdad, entonces los pueblos alcanzan su bienestar y su grandeza; pero cuando por incuria o ignorancia no se llenan con la verdad, entonces vendrán otros y los llenarán con mentiras"* (9). Estas palabras que, en los primeros días de la primavera de 1942 el Caudillo pronunció en Medina del Campo, entrañan una ilación perfecta con estas otras que, proclamadas en la *Inauguración de la Ciudad Universitaria*, el día 12 de octubre de 1943, cruzaron los ámbitos de una España que renacía de sus propias cenizas y que ciegamente creía en su prometedor futuro: *"Funesto y suicida es —subrayó en la citada ocasión nuestro Caudillo Francisco Franco (10)— levantar el nivel de la vida si ésta no se hace cristiana y digna, si no se le imprime una huella de reforma interior. Es ley de la historia el predominio y supremacía del espíritu. Los pueblos no son mejores por*

(8) Equipo Cinco: Obra citada, pág. 186.

(9) *Franco ha dicho...*, Editorial Carlos-Jaime, Madrid, 1947, pág. 130.

(10) *Franco ha dicho...*, pág. 132.

un progreso material ni éste se engendra por puro azar o fatalismo. El progreso requiere sólidas virtudes colectivas cuya determinante radica en la conciencia individual. Un espíritu nacional no se impone como por arte mágica ni se crea sin una elaboración complicada y difícil que nace en lo íntimo de las almas y se cultiva en los corazones de la niñez y de la juventud."

En el Mensaje de fin de año a todos los españoles ante 1969, el Generalísimo Franco insistía, una vez más, en la tesis de la unidad nacional. Sus palabras, en cierto modo, han sido casi siempre las mismas y es que, acaso, era uno de los pocos españoles que mantenía una guardia continua observando el multiforme movimiento de nuestros enemigos: *"Todos los problemas políticos, económicos, sociales, educacionales, juveniles, morales y locales pueden resolverse si guardamos la cabeza serena y sabemos separar lo posible de lo imposible, lo realizable de lo irrealizable. Mantengamos todos una actitud abierta, comprensiva y generosa y podremos comprobar que muchos de los titulados problemas no son más que impaciencias innecesarias o inmovilismos inaceptables, obstinaciones y cegueras de personas o de grupos más que conflictos reales. Es incalculable la potencialidad de un pueblo cuando está unido, cuando trabaja en paz y cuando persigue sus objetivos de elevación con tenacidad, avanzando cuando es posible y sabiendo aprovechar las ocasiones oportunas cuando es aconsejable. Ese es nuestro camino, que no ofrece ninguna estrategia complicada. Se trata, sencillamente, de saber avanzar y conservar lo conquistado sin comprometernos en dudosas aventuras..."* (11).

Las cámaras de Televisión Española llevaron hasta lo más recóndito de los hogares españoles, la noche del 30 de diciembre de 1970, junto con su presencia física, estas jubilosas palabras de nuestro Caudillo: *"Hoy, nuestra Patria puede contemplar más segura que nunca su mañana, convencida de que nuestra institucionalización nada puede entenebrecer el momento en que, por designio de Dios, se clausure definitivamente el período vitalicio de mi capitana. La acción de los más altos organismos del Estado, CONSEJO DEL REINO, CORTES ESPAÑOLAS y CONSEJO NACIONAL DEL MOVIMIENTO, poniendo en juego los dispositivos de la LEY ORGANICA, aseguran con ejemplar autenticidad legal la fórmula de sucesión. España tiene una larga trayectoria política que debe hacer a todos los españoles mirar al porvenir sin temores ni sobresaltos, por la eficacia de las instituciones"* (12). Al meditar detenidamente sobre el contexto doctrinal de estas palabras nos invade la sensación de que, en rigor, en un momento, toda la intimidad del Generalísimo Franco se ha puesto a nuestra disposición. Ya no parece oportuno hablar de hermetismo en su figura, su rostro no nos parece tan impenetrable, ni su mirada tan severa... Su futuros biógrafos, que no han de faltar, deberán de comenzar su labor tratando de reconstruir su figura —la

(11) *Discursos y mensajes del Jefe del Estado (1968-1970)*, Publicaciones Españolas (Dirección General de Cultura Popular), recopilación de Agustín del Río Cisneros, Madrid, 1970, pág. 56.

(12) *Discursos y mensajes del Jefe del Estado (1968-1970)*, pág. 174.

auténtica—, a través de las propias palabras del personaje, de sus sacrificios, de las ingraticudes y amarguras padecidas por quien, efectivamente, pensó —con senequista valentía— que a su muerte “todo quedaba atado y bien atado”. Y, justamente, se nos ha ido sabiendo que unas manos jóvenes, firmes y leales —las de nuestro Rey Don Juan Carlos I— continuarán la obra emprendida hace cuarenta años.

Es importante el resaltar, y sobre todo en estos momentos, que Francisco Franco, Caudillo de España, no fue para nadie indiferente. Cuanto más profundo ha sido el encono de sus enemigos hacia su figura y su obra, más grande, consecuentemente, ha sido su gloria. “Vivió —ha dicho don Manuel Aznar (13)— aceptado y asistido por la mayoría de la comunidad nacional; libre de *complots* dignos de tal nombre y de atentados; rodeado por la adhesión de las muchedumbres pese a no aparecer revestido de carismas especiales, de dones oratorios y de simpáticas efusividades, o de ciertas campechanías humanas que en este país suelen facilitar el acceso al PODER político y la permanencia en las cumbres de ese PODER.”

Fue, pues, principio y final de una etapa —de toda una época trascendental de la Historia de España— que, naturalmente, no puede ni debe olvidarse por los políticos que, por ley de vida, llevan ahora en sus manos el testigo del relevo. ¡Qué bien lo ha sabido explicar Carvajal en las páginas de ABC hace tan sólo unos días... “El futuro, las palabras nuevas, las nuevas esperanzas, las nuevas exigencias y las nuevas conquistas por voluntad del pueblo no pueden ser otra cosa que un paso más de la larga marcha de cambio, de progreso, de transformación y de perfeccionamiento constante, que ha llevado a la vida española desde la paz de 1939 a la paz, tan distinta, de 1975” (14).

Ciertamente, en el ánimo de todos está —ya nos lo recuerda en un bellissimo librito póstumo el Embajador Aznar sobre la figura del Generalísimo (15)— que ahora se abre una perspectiva que no es posible contemplar sin emoción. España inicia un tiempo nuevo; una experiencia esencial para su destino. ¡Monarquía popular! ¡Universidad moderna! ¡Una Iglesia reformadora, sin el clericalismo histórico, según se nos asegura! ¡El Mercado Común Europeo como meta de supuestas prosperidades duraderas!

Nos aguarda un mundo de misteriosos llamamientos, de esperanzas y también de inquietudes. Va a ponerse a prueba el pronóstico de Francisco Franco. El pueblo confía en que, efectivamente, todo quedó atado, “y bien atado”.

Pero aún, claro está, cuando las banderas ondean a media asta,

(13) Aznar (Manuel): *Franco*, Editorial Prensa Española, S. A., Madrid, 1975, página 12.

(14) Carvajal (Javier): “Si las banderas hubieran sido otras”, en ABC, 20 de diciembre de 1975, pág. 4.

(15) Aznar (Manuel): Obra citada, pág. 186.

IN MEMORIAM

lloramos el acontecimiento de una fecha, doblemente histórica en las conmemoraciones nacionales desde ahora en adelante (José Antonio y Francisco Franco bajo la serenidad y brillantez de los luceros), y emocionada y silenciosamente damos en pensar cómo, al filo de una madrugada otoñal, cuando las estrellas comenzaban a palidecer lentamente, inundadas por la claridad de las primeras luces del alba, Francisco Franco, nuestro invicto Caudillo, perdía su primera batalla en feroz y ejemplar lucha con la Muerte...

JOSE MARIA NIN DE CARDONA

Secretario de la Sección de Política Cultural
Instituto de Estudios Políticos

1912
The following is a list of the names of the persons who were present at the meeting held on the 15th day of January, 1912, at the residence of Mr. J. H. Smith, in the city of New York.

J. H. Smith
W. J. Brown
C. D. Green